



La Santa Sede

SANTA MISA PARA LOS UNIVERSITARIOS ROMANOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Basílica de San Pedro

Martes 16 de diciembre de 1997

Rorate coeli, desuper, et nubes pluant iustum: aperiatur terra, et germinet Salvatorem (Antífona de entrada; cf. Is 45, 8).

1. Con estas palabras la liturgia de hoy expresa la espera del Salvador del mundo que está a punto de venir.

Desde hace algunos años el tiempo de Adviento, que exhorta a los creyentes a «salir a recibir, con las buenas obras», a Cristo que viene, constituye para los profesores y los estudiantes de las universidades romanas una oportunidad para compartir con su Obispo la gracia y la alegría de la espera del Señor. Además, la participación de representantes de ateneos no romanos da a esta cita una dimensión más rica y amplia, transformándola casi en una celebración de Adviento de todo el mundo académico italiano. En esta ocasión, deseo expresar a cada uno mi cordial felicitación navideña y, sobre todo, pedir al Niño divino las gracias necesarias para cuantos forman parte del mundo universitario. En particular, agradezco al profesor y a la alumna que se han hecho intérpretes de vuestros sentimientos comunes.

2. La palabra de Dios que acabamos de proclamar hace referencia a la *viña del Señor*, alegoría sugestiva que aparece a menudo en los evangelios y constituye el tema principal del pasaje de hoy. ¿Qué evoca la imagen de la viña? Siguiendo los textos evangélicos, podríamos decir que representa a todo el universo creado que, gracias a la venida de Cristo, se convierte de una manera particular en propiedad de Dios. En efecto, gracias a la redención de Cristo, el universo y el hombre comienzan a pertenecer de modo nuevo a Dios. Por tanto, podemos afirmar que la Navidad es, en cierto sentido, el día santo en el que el mundo visible y el hombre se convierten en

la viña del Señor. A partir de dicho acontecimiento, el universo animado e inanimado cobra un significado diverso e inesperado, puesto que «Dios —como nos recuerda el evangelista san Juan— amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (*Jn* 3, 16). ¿No encierran estas palabras el sentido profundo de la imagen de la viña, a la que Jesús se refiere con frecuencia en su predicación?

Por el misterio de la encarnación del Verbo, el hombre y el universo pueden alegrarse, sintiéndose «viña del Señor», objeto del amor salvífico de Dios.

3. «Ve (...) a trabajar en mi viña» (cf. *Mt* 21, 28), dice el padre de la parábola evangélica a sus dos hijos, y espera de ellos una respuesta; no se contenta con palabras; quiere que lo hagan realmente. Los dos responden de modo diferente: el primero dice que va, pero después no lo hace; el segundo, en cambio, aparentemente rechaza la invitación del padre, pero luego se arrepiente y hace lo que se le pide. El evangelista san Mateo presenta así las dos actitudes típicas que los hombres, en el arco de la historia, adoptan con respecto a Dios. La invitación evangélica a trabajar en la viña del Señor resuena en la vida y en el corazón de todo hombre y toda mujer, llamados a comprometerse concretamente en la viña divina y a participar en la misión de salvación. En esta parábola, cada uno de nosotros puede reconocer su propia experiencia personal.

4. Queridos hermanos y hermanas, el mundo universitario, al que representáis aquí, constituye una tierra particularmente fértil para el desarrollo de los talentos humanos, con los que el Señor dota a cada uno para el bien de todos. Quien los usa y aprovecha mediante el estudio y la investigación, es capaz de emprender iniciativas que sirvan para promover el auténtico progreso del mundo.

Como recuerda el concilio ecuménico Vaticano II, «el progreso humano, que es un gran bien del hombre, lleva consigo, sin embargo, una gran tentación: la de que los individuos y los grupos, turbada la jerarquía de valores y mezclado el bien con el mal, miren sólo sus intereses propios y no los de los demás. Lo que hace que el mundo no sea ya un espacio de verdadera fraternidad, mientras el poder acrecentado de la humanidad amenaza con destruir al propio género humano » (*Gaudium et spes*, 37).

5. Sólo cuando el hombre, dejándose guiar por el Espíritu divino, se esfuerza por animar las realidades terrenas en la perspectiva del reino de Dios (cf. *ib.*, 72), coopera en la realización del auténtico progreso de la humanidad. Es el Espíritu quien, favoreciendo el encuentro con el Hijo de Dios vivo, aleja del corazón del hombre toda presunción intelectual y lo lleva al verdadero bien y a la verdadera sabiduría, un don que hay que pedir y acoger con humildad. Como he escrito en la *Carta dirigida a los jóvenes de Roma para la misión ciudadana*, os corresponde a vosotros, queridos jóvenes, escuchar al Espíritu del Señor para aprovechar vuestras energías culturales juveniles y generosas, y ciertamente lo podéis hacer con el entusiasmo de vuestra edad. El Papa

os encomienda, de modo especial, esta tarea como *vuestra vocación y vuestro servicio* en el itinerario de preparación del gran jubileo del tercer milenio.

Por lo demás, eso forma parte del esfuerzo que la Iglesia italiana está haciendo oportunamente para elaborar y hacer que dé fruto un *proyecto cultural* orientado en sentido cristiano.

En efecto, el saber que se funda en la fe, tiene dignidad cultural auténtica. El saber de la fe ilumina la búsqueda del hombre, la hace plenamente humana, porque «el misterio del hombre —como enseña el concilio Vaticano II— sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...). Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación» (*ib.*, 22).

Así, se desarrolla una cultura que es *del hombre y para el hombre*; una cultura densa de valores, atraída por el *esplendor de la verdad*, evangelio de vida para el hombre de todos los tiempos, que se difunde y se enraíza en los campos del saber, en las formas de vida y de costumbres, y en el recto ordenamiento de la sociedad. En efecto, la jerarquía de los valores éticos desempeña un papel de importancia fundamental en todas las culturas.

6. En la perspectiva de la evangelización de la cultura, me complace recordar aquí dos citas muy significativas. En el ya próximo año 1998 se celebrará el *quincuagésimo aniversario de la capilla universitaria de la universidad «La Sapienza»*, don precioso de mi venerado predecesor Pío XII. La celebración del aniversario de ese lugar de gran significado simbólico reunirá por primera vez en un congreso a *los capellanes de las universidades europeas*: iniciativa oportuna, que deseo apoyar, y por la que ya desde ahora quiero agradecer a la Congregación para la educación católica y a los Consejos pontificios para los laicos y para la cultura, así como a los capellanes y a todos los componentes de la universidad «La Sapienza», comenzando por su rector magnífico.

Menos cercana en el tiempo, pero siempre de gran relieve, es la iniciativa a la que se ha aludido al comienzo de la celebración: el *Encuentro mundial de profesores universitarios*, que tendrá lugar en el año 2000, con ocasión del gran jubileo, sobre el tema «La universidad para un nuevo humanismo». Los congresos científicos de cada área disciplinaria, que precederán al encuentro plenario con el Papa y tendrán lugar en diversas sedes universitarias, constituirán una ocasión singular para mostrar que la palabra de fe ilumina los itinerarios en los que el hombre expresa los dones auténticos de su inteligencia que busca y descubre, y que en todos los tiempos se expresa con las diversas obras culturales de las ciencias, de la literatura y de las artes.

7. Queridos hermanos y hermanas que vivís y formáis parte del mundo universitario, el clima sugestivo de la Navidad, que ya gustamos, nos invita a acoger con plena disponibilidad al Verbo que se hace carne para salvar y ennoblecer a la criatura humana. Reunidos en torno al altar para la celebración eucarística, contemplando el misterio del nacimiento de Cristo, nos sentimos impulsados a preguntarnos cómo podemos ser obreros fieles y generosos al servicio de su viña.

Jesús llama a cada uno a multiplicar en nuestra ciudad los lugares donde se proclame y profundice su Palabra de verdad, a fin de que se convierta en luz y apoyo para todos.

Abramos nuestro corazón al Señor que viene, para que, cuando llegue, nos encuentre a todos dispuestos a cumplir su voluntad.

María, Madre de la Sabiduría, ayúdanos a ser, como tú, dóciles servidores de tu Hijo Jesús.
Amén.